

## AGENDA CIUDADANA

### POLARIZACION POLÍTICA

Lorenzo Meyer

De lo Social a lo Político. La desigualdad social acentuada ha sido una característica permanente de la sociedad mexicana. Hoy, el 50% de la población más pobre recibe apenas el 19.3% del ingreso disponible. En nuestro país el proceso político rara vez se ha propuesto disminuir la desigualdad heredada de la época colonial. Normalmente sólo ha buscado administrar el desequilibrio e impedir que las tensiones que genera afecten la estabilidad. Sin embargo, el nuevo régimen –el democrático–, al alentar la competencia abierta, favorece que la polarización social termine reflejándose en la esfera pública, especialmente en las elecciones.

México es un país de muchos pobres y de pocos muy ricos, de una clase media objetivamente pequeña y bajo asedio, de una economía de mercado que no crea empleo sino mucha desigualdad y de un sistema político, administrativo y jurídico que tolera muy altos niveles de corrupción y muy bajos niveles de eficacia. Es en esa lista incompleta de problemas donde se encuentra el origen de la crispación actual. Es verdad que hay tres grandes partidos buscando ganar la presidencia para el 2006, pero también lo es que la auténtica disputa no es entre tres sino entre dos posiciones: una la encarna Andrés Manuel López Obrador (AMLO) y Felipe Calderón y Roberto Madrazo la otra.

Conceptos Viejos pero Útiles. Desde hace tiempo, algunos analistas insisten en señalar que ya no tiene sentido hablar de izquierda y derecha, conceptos que han dejado de pertenecer a nuestra postmodernidad. Sin embargo, lo que hoy pasa políticamente en América Latina, incluido México, se entiende mejor si se echa mano

de las nociones de izquierda y derecha y se deja de suponer que todos los partidos deben buscar el centro. Hoy la mayoría de los latinoamericanos viven en países con gobiernos que se consideran a si mismos de izquierda.

Contenidos muy Viejos- Las categorías dicotómicas de izquierda y derecha nacieron con la Revolución Francesa, pero la realidad que reflejan, el antagonismo social básico, es tan viejo que se pierde en la noche de la historia. Las tensiones sociales que pusieron fin a la República Romana hace más de dos mil años fueron, en gran medida, resultado del choque de los patricios con los plebeyos, y cuyo catalizador fue el cambio en la economía rural de la Italia de entonces, donde las importaciones baratas de las zonas recién conquistadas empobrecieron a los campesinos romanos que migraron a las ciudades y ahí fueron el combustible que alimentó el poder de la plebe. Desde entonces, ese tipo de antagonismos se han repetido una y otra vez. Hoy vivimos a nivel mundial un nuevo episodio de tan vieja lucha: una economía global de mercado que ha favorecido enormemente a las grandes concentraciones de capital y ha debilitado o destruido una buena parte de las no muy sólidas defensas que el llamado “Estado Benefactor” construyó en el siglo pasado para dar un mínimo de protección a los sectores menos favorecidos: servicios de salud, educación pública de calidad, pensiones, subsidios, seguridad laboral, salarios mínimos efectivos, etcétera.

Históricamente, la izquierda tiene como razón de ser una aspiración a cierta forma de igualdad como materialización de la justicia. Las circunstancias en que se elaboraron las demandas de la izquierda son diferentes en cada época y lugar, pero el tema de fondo es el mismo, recurrente. En un pasado no muy lejano, la izquierda más radical buscó esa justicia social por la vía de la violencia, afortunadamente ya no es esa la visión dominante. La renuncia a la lucha armada es hoy el punto de vista

dominante de la izquierda, aunque esa renuncia no implica el abandono de un discurso cargado de emoción ni de la posibilidad de echar mano de su gran ventaja – los números- para movilizar multitudes cuando la otra parte, la derecha, echa mano de la suya: el dinero, el control de las instituciones financieras o de los medios de comunicación.

La Coyuntura. Hoy en México, la iniciativa política la ha vuelto a tomar la izquierda. Hasta el momento, la dinámica de la lucha electoral se desarrolla en función de la corriente que representa AMLO, quien mantiene la iniciativa pese a tener varias desventajas obvias. Entre ellas destaca la teórica. En efecto, desde la desaparición de la URSS y la crisis del marxismo que se desarrolló *par y pasu* con la crisis del “socialismo real”, la derecha ha desarrollado un cuerpo teórico cuyos puntos principales están sintetizados en el famoso “consenso de Washington”, que son la base del gran marco de la economía de mercado, la reducción del papel del Estado, la liberalización del comercio mundial, la privatización, etcétera. La izquierda puede subrayar las enormes fallas que, en la práctica, ha tenido ese esquema (en México, el crecimiento económico ha sido raquítrico, no obstante que ya lleva dos decenios con el modelo neoliberal), pero no está en posibilidad de ir más allá de la crítica y ofrecer una alternativa coherente para superar lo que hoy está faltando: crecimiento, empleo y un mínimo de seguridad para las clases trabajadoras. El caso de China, aún formalmente socialista, es ilustrativo: está creciendo a un ritmo espectacular, pero no porque siga los cánones socialistas ni sea una alternativa al neoliberalismo, sino justamente por lo contrario.

Otro gran inconveniente de la izquierda mexicana actual es la carencia de un auténtico partido. El PRI y el PAN tienen la ventaja de contar con aparatos

constituidos y fogueados a lo largo de 76 años el primero y 66 el segundo y con más recursos económicos que el PRD. Para AMLO, su partido, el PRD –una organización que aún está en la adolescencia- es, a la vez, una ayuda y un problema pues a veces lo debilita más que lo apoya; en cualquier caso es un aparato notoriamente insuficiente y nada libre de corrupción. De ahí la necesidad de recurrir a la “pedacería”, a lo que se ha ido desprendiendo del PRI con el paso del tiempo. Insistir en la honradez como gran virtud moral de la izquierda mientras se tiene que recurrir a personas con biografías dudosas en este terreno, es una contradicción con la que AMLO va a tener que vivir y que permanecerá como un flaco abierto al ataque de sus adversarios.

Un tercer problema para la izquierda, relacionado con el anterior, es su natural tendencia al divisionismo. El 1° de enero del 2006, el EZLN inicia “la otra campaña”, en la que intentará presentarse como una alternativa a todos los partidos, en particular al PRD.

Un cuarto obstáculo, en una lista que puede ser mucho más larga, son las condiciones geopolíticas de vecindad con Estados Unidos. Si bien la única superpotencia ya no tiene como prioridad al anticomunismo, sí es el centro político de la derecha mundial y su sola presencia es un factor que da aliento a todas las corrientes conservadoras mexicanas de una manera más directa que en el resto de América Latina.

Pero no todo son desventajas para la izquierda. En la coyuntura actual, un punto a su favor es la desunión de la derecha. Históricamente, la derecha ha mostrado mayor capacidad de sobreponerse a sus divisiones y, en realidad, el PRI y el PAN han cooperado mucho desde 1988, pero no al punto que uno de los dos partidos renuncie a tener candidato propio para mejor enfrentar al adversario de izquierda. Quizá, con el

correr del tiempo, la derecha logre contar con un frente unido, pero eso será después de las elecciones del 2006.

Los Dos Proyectos. La derecha cuenta con la tradición conservadora de la sociedad mexicana y con los recursos económicos para desarrollar una gran campaña mediática, donde su programa –que en esencia es la continuación de las políticas actuales- sea presentado como una mejoría razonable de lo existente, de lo probado.

El desafío de la izquierda está en la posibilidad de lograr despertar la imaginación y la conciencia de su propio interés de una buena parte de las clases menos favorecidas -la mayoría de los mexicanos- apelando a la idea de una justicia sustantiva pospuesta, pero sin despertar la imaginación temerosa de la derecha, pues eso la alentará a medidas desesperadas. Finalmente, sería deseable que todos hayan asimilado el error del gobierno actual y no hagan una campaña a base de promesas imposibles con tal de conseguir el voto posible.

México va a vivir tiempos de crispación, pero se puede llegar a elecciones pacíficas e, inmediatamente después, a un período de descompresión. Dos lecciones deberíamos recoger del encono actual: no traspasar la frontera que separa a la lucha dura pero pacífica de la violenta y, sobre todo, enfrentar de una vez por todas nuestra vieja polarización social.